

Aline Pettersson

Voces de Casandra

No esconde mi voz trinos de alondra,
es la voz negra de los cuervos
que la distancia otean.

Cómo graznan estos pájaros inmundos
al hedor de la muerte
a ellos no debida, pero siempre
a ellos revelada.

Mi voz se desborda
como vena que al tajo del cuchillo
humedece el polvo hasta extenuarse
sin por ello fecundar surcos de tierra.

Soy Casandra, hija de Príamo,
hermana de Héctor y de Paris
y de otros cincuenta desdichados.

Casandra, la que el aire hiere
con su lengua,
la que el peplo desgarrar con las uñas
en inútil lamento.

Casandra que anhela guarecer la vida
de amenazas,
mientras grita los horrores de la muerte.

Ni todas las hebras de mi pelo,
ahora en los dedos a puñados,
velarían mi infortunio.

Ni en Tróade los granos de arena
de su costa
vencerían en número a mis lágrimas.

Mi voz es venero que se pierde
sin tocar el óseo laberinto.

Carbón la sangre, que a pesar de la tortura
no ilumina el discurso.

¡Infeliz de mí, condenada a pronunciarlo,
como ola que regresa hasta la margen
y sus lenguas agónicas crepitan
al deshacerse.

Y en ese eterno movimiento
se despeñan salmodias
desde el agua en efímeros torreones.
Pero el mar no está hecho de palabras.

Este oscuro mandato de los dioses desgarrar
mis ojos, mis oídos, sella mi boca
no en el silencio, no.

Mi lengua es áspid que se arrastra
entre sonidos,
incapaz de elegir el verbo
o suspender la presencia nefanda
de otro tiempo.

Mi garganta es túbulo de un decir sin cauce
y mi espíritu tiembla abrumado de voces
que en la resequeza amarga de la saliva,
ciénaga de este conocimiento,
se dilatan.

Habitación sibilante,
cubil de zumbidos,
mi alma se vive huérfana del néctar.

¡Ah Hécuba!,
el augur destejió la trama de tu sueño
y mientras crecía la urdimbre del engaño
el destino sellaste.

Paris, ruina de toda nuestra stirpe.
¡Ah Hécuba!, llorarás la muerte de tus hijos.
Frente a la muralla retén de mis clamores,
llorarás, Hécuba, madre.

Derramaría metal hirviendo en mis oídos
y con mis propias manos me arrancaría
los ojos
si así ahuyentara el horror de las visiones.
Pero mi sino es ver y oír más allá de la mutilación
o del suplicio,
mientras imploro cuidado a mis razones,
a mí a quien otros la razón niegan.
La imagen quebrantada de los tiempos
me escinde,
abedul que el relámpago tortura
de la raíz al murmullo aéreo de la fronda.◇